

El cuentista

Oswaldo Fernandez



Capítulo 1

El cuentista

¿Qué de dónde salen los cuentos, pregunta Usted? ¡De la mente y la imaginación, por supuesto! No, no quiero burlarme de Usted ni de su inteligencia al ofrecer una respuesta que luce carente de toda elocuencia. Por el contrario, valoro la agudeza de su juicio y su capacidad de reflexión. Sé lo que pregunta, y creo tener una idea sobre la motivación de su cuestionamiento, pero en verdad, no creo que su pregunta tenga otra respuesta más que la que le he proporcionado, aunque luzca simplista. A veces, justamente por la simpleza de su naturaleza, lo evidente es lo que evade con mayor astucia y persistencia nuestra lógica. El hecho de que Usted sea un lector, que obviamente prefiere leer cuentos y se interesa por indagar sobre el origen y el destino de estos, me permite deducir que posee una mente inquisitiva y un intelecto superior, que prefiere un análisis certero, breve, en lugar del planteamiento de ideas redundantes que abultan los argumentos, pero que al mismo tiempo le restan sustancia. Solo personas como Usted son capaces de establecer rápidamente ese diálogo, ese lazo íntimo con el libro que sostiene en sus manos, imprescindible para una lectura profunda, a fin de lograr una mejor comprensión de las ideas y derivar el exquisito placer que puede proveer una buena narración.

¿Cómo se originan los cuentos, insiste Usted en saber? Por lo visto, no le ha conformado mi respuesta. El gusanillo de la curiosidad persiste en su mente, y desea continuar con su cuestionamiento hasta obtener una respuesta que le satisfaga. De cierta manera, me alegra que así sea, pues al insistir, confirma sus virtudes y no defrauda mis expectativas. Quizás podría decirse, con más precisión, que un cuento proviene del elemento inesperado que se encierra en un instante, al descubrir el drama escondido tras la apacibilidad de un momento cotidiano; de un momento así como éste, en el que Usted se encuentra leyendo estas líneas, creyendo encontrarse en un lugar seguro, anónimo, desarmado, solo, complacido en su cotidianeidad rodeada de imprevistos que prefiere ignorar, desconociendo, en su inocencia, que al proseguir con estas líneas puede encontrarse justamente a punto de abrir las puertas hacia lo desconocido, introduciéndose así, lenta e imperceptiblemente, en un mundo oscuro y misterioso, del que ha empezado a formar parte, y que hace unos minutos, sin Usted notarlo, empezó a extender desde estas páginas y líneas un dedo largo e invisible que, inadvertidamente, ha tocado su frente y prosigue hasta la profundidad de su cerebro y sus pensamientos para tomar control y posesión de sus emociones, convirtiéndole en presa fácil de la voracidad, de la angustia y la desesperación. ¡Usted está a punto de ser poseído por...! ¡Espere! ¡No

deje el libro! ¡No se asuste!

¡Perdone! Espero no haberle inquietado. ¡Cálmese, no se angustie, no hay tal dedo invisible surgiendo de estas líneas! ¡Tranquilo! Trataba tan solo de ofrecerle una respuesta ilustrativa, conclusiva y palpable a su pregunta inicial. ¡Nada más! ¡Acomódese en su asiento!

Espero haber satisfecho su primera inquietud, y creo poder dar respuesta a su próxima pregunta sobre el destino. Puedo decirle que, en la medida que avanzamos en este argumento, y una vez establecimos un lazo amigable entre los dos, mi destino me acerca cada vez más hacia un final, quizás momentáneo, pero predecible. No se aflija, es el curso natural de las cosas. No me afecta, y el mal no es necesariamente terminal. Una vez haya satisfecho su curiosidad, al terminar este diálogo, eventualmente, Usted me colocará en su librero (ojalá en la buena compañía de otros cuentos valiosos y preferidos por Usted), donde descansaré, abrigando la esperanza de un reencuentro, en espera de que me rescate del recuerdo y del polvillo de los estantes, para devolverme a la vida, al repasar de nuevo estas líneas. Es un destino con el cual he hecho las paces y me conformo.

¿Una última pregunta? ¿Qué cómo un cuentista encuentra su tema, su inspiración? ¿Acaso no es obvio? ¡Su pregunta me sorprende! Después de todo, y en caso de que haya eludido su suspicacia, espero no le ofenda si le señalo algo que a mi parecer se encuentra a la vista. Creo que la respuesta a su pregunta es evidente y cae por su propio peso: Fíjese que, en el transcurso de todo este cuento, solo hemos hablado de Usted.